

“El presente texto es una mirada reflexiva y poética sobre las marginalidades de las imágenes, y cómo éstas se ven mermadas y afectadas por el imaginario espectral neoliberal. Un texto donde se retratan las singularidades y acontecimientos de las fricciones que nuestras propias imágenes interponen en la resistencia de un imaginario impuesto por los modos de dominación económico-políticos; la autora narra, maravillosamente, la potencia política de las imágenes, las nociones ancestrales de los espectros y nuestra capacidad de subvertir o librar una batalla por la imaginación, lugar, quizás, donde se desatarán las batallas del futuro de la humanidad.”

Fantasmas del neoliberalismo

Ignacia Guzmán

Colectivo

Ira y Revuelta
2020





Título: *Fantasmas del neoliberalismo*

© Ignacia Guzmán

ISBN: 978-956-9366-39-0

Primera edición: 2020

Temática principal: 300 Ciencias Sociales - 306.4 Aspectos específicos de la cultura.

Tipo de Contenido: Ensayo

Colección: Ira y Revuelta

Nº en la colección: 5

Ciudad de Publicación: Valdivia

©Fundación Artes y Letras Libres de América, FALLA

©Ediciones A89

©Colectivo Ira y Revuelta

proyecto89@gmail.com

www.a89.cl

Impreso en Talleres A89

Huichahue Bajo s/n

Ciudad de Paillaco

Provincia de Valdivia

Región de los Ríos

Chile.

Ilustración: ©Rodrigo Guzmán Olivares.



Colección Ira y Revuelta | Ediciones A89

2020

5

Fantasmas

del neoliberalismo

Ignacia Guzmán



A todos los espíritus libres que sueñan en la penumbra

Fantasmas del neoliberalismo

Ignacia Guzmán¹

Sueños

Cada noche, tarde o temprano, decidimos que es momento de terminar el tiempo de la producción y nos dirigimos a la habitación de la intimidad. Nos desnudamos del disfraz diario, nos acomodamos entre las sábanas, apagamos la luz y cerramos los ojos. En esa oscuridad silenciosa nuestro cuerpo descansa, mientras nuestra mente comienza a viajar hacia un nuevo espacio y tiempo donde las reglas de la realidad no existen del todo: es el universo de los mitos, lugar donde creamos historias, ficciones surreales. Es el espacio de los sueños, las películas de nuestra vida.

Nuestro mundo se desarrolla dentro del espectro visible: el rango visual que pueden captar los ojos humanos del espectro electromagnético, es decir, las temperaturas de la luz que podemos distinguir y que varían entre ultravioleta e infrarrojo dando lugar a los colores como los conocemos. La luz, con todos sus colores, reacciona de distintas

¹ Ignacia Guzmán Olivares (30 años, Santiago). Licenciada en Realización Cinematográfica, se ha dedicado a la educación popular, a la docencia universitaria y a múltiples proyectos cinematográficos.

maneras ante las superficies y es eso lo que nos presenta las formas del mundo como lo comprendemos. Luz y sombra se complementan para formar imágenes. Cuando estamos en una sala de cine, nos encontramos en la oscuridad hasta que se proyectan los haces de luz que conforman aquellas imágenes en movimiento, pero lo que crea esas formas es la combinación de esos haces con aquello que no lo son, es decir, las sombras. El arte cinematográfico es lo más similar a aquellos viajes imaginarios en los que nos embarcamos constantemente al dormir, esas imágenes que son ideas y de pronto toman apariencia, como un fantasma que merodea una casa y cada tanto se deja ver.

Sin embargo, la capacidad de soñar, es decir, de crear imágenes, no es una actividad exclusiva de las horas del dormir. Cada día, sin darnos cuenta del todo, nos encontramos despiertxs soñando situaciones que pueden estar más o menos ligadas a la realidad y es aquello a lo que llamamos imaginación: el estado consciente y voluntario de otorgarle apariencia a aquellas ideas que rondan nuestra mente. Imaginarse en una playa del Caribe, en un encuentro casual con un antiguo amor, volver a ver a aquella persona que falleció, ganarnos la lotería, etc. Son las imágenes que creamos para satisfacer nuestros deseos. Aquel momento imaginativo es la proyección de sombras durante la luz.

Los sueños, al igual que las películas, están mediados por las circunstancias experienciales de quienes las crean. Comprendemos la imagen porque es una re-presentación (algo que ya me ha sido presentado antes), y esa proyección no es sólo la luz y sombra que la forman, sino también la

proyección que hago yo misma como espectadora o soñadora, pues no sólo veo lo que se me presenta y lo reconozco, sino que también proyecto parte de mí, me veo a mí misma re-presentada en esa imagen. El cine es un “espejo dotado de memoria, hecho de partes que se reflejan entre sí y se contienen”,² en ese espejo lo que reconocemos es la capacidad mística de soñar.

² Raúl Ruiz (2014), *Poéticas del cine: Poética del cine 2*, edit. Universidad Diego Portales, Santiago de Chile. Pág. 184.

Fantasmas

Hasta hace no tanto tiempo atrás, reyes y cortes disfrutaban los placeres de la libertad que les otorgaba el poder, el cual se manifestaba en comportamientos y formas de vida mediadas por el status. Vestían enormes y extravagantes ropajes, altos peinados, y vivían en palacios divididos de tal manera que permitieran tanto discreción como libertinaje. Ésta era la imagen de la elegancia, el sueño al que toda Europa aspiraba. El nacimiento de la burguesía-profesional desestabilizó no sólo aquellos órdenes de status, sino que también produjo un cambio en la imagen de la «alta sociedad». Cambiaron los vestidos y peinados, y también cambió la distribución del poder. La idea de elegancia tomó otra forma. El capitalismo y la industria crearon la ilusión de que, trabajando arduamente, algún día, cualquiera podría vivir dentro de las formas del status.

Unas décadas más tarde, durante la dictadura de Augusto Pinochet en Chile, un grupo de universitarios burgueses y liberales logró convencer al gobierno militar de implementar un nuevo sistema económico que garantizara los intereses del poder: el neoliberalismo. Una corriente ideológica impulsada principalmente por Estados Unidos, cuyo fin es establecer una sociedad capitalista de libre mercado, emancipada del Estado donde primero se vale de él para que regule las leyes que lo permitan, y luego prescinde de él con todas las libertades ganadas en el ámbito constitucional. El

neoliberalismo es una nueva forma del capitalismo, es decir, una nueva imagen de la vida (y no de la muerte) que lleva la libertad como lema. Aquella libertad es mediada por las lógicas del consumo, manifestadas en imágenes publicitarias de la política, no propagandística, pues no se implementa la idea sino su estética.

Las imágenes que componían una vida neoliberal digna eran, en un principio, objetos que ahora nos parecen cotidianos, como una lavadora, un refrigerador o un televisor a color, pues facilitaban la vida dentro de la estructura productiva y, además, eran parte de aquellos lujos que sólo se permitía la burguesía. La industria de las imágenes –televisión y cine– comenzó a jugar un papel primordial como publicidad política, no sólo promoviendo partidos, sino más bien formas de vida. El neoliberalismo poco a poco se transformó en cultura, en la medida en que el consumo capitalista se volvió la única manera de sobrevivir en sociedad.

El poder se mantiene a sí mismo a través de imágenes concretas que se transforman con el tiempo. El poder es el sueño fantasioso y pesadillezco de las sociedades dominadas. Los sueños del espíritu se ven anulados por sus estéticas, ya que no podemos elegir qué y cómo soñar, porque nuestra experiencia perceptiva previa está mediada por las formas del capitalismo; por lo tanto, soñamos *en la medida de lo posible*.

La «nueva libertad» nos dice que podemos tener todo lo que soñemos –dentro de los márgenes que mantengan las estructuras de poder– otorgándonos la opción de consumir, aunque no tengamos el medio. Tenemos los objetos,

las formas que nos otorgan status dentro de nuestros círculos sociales; pero vivimos encadenados al castigo de la deuda eterna. Se nos enseña que la vida, al igual que las historias realizadas por la industria cinematográfica hegemónica, tiene etapas específicas que el héroe o heroína debe ser capaz de sobrellevar: un llamado a la aventura, un punto de no retorno, una batalla con pérdidas, un constante sacrificio, y luego el final, un retorno con recompensas. Como si la vida fuese una línea recta de tiempo con miras al futuro, un continuo, una aventura épica, una ficción, nos encaminamos en las imágenes de lo que debería ser nuestra película de vida, las luces de nuestra proyección.

La vida neoliberal se asemeja mucho a una producción de cine: hay un guión, todo se prevé (se pre-produce la imagen antes de que exista) y cuando se realiza, se encarna una situación imaginaria con toda su utilería, vestuario, maquillaje, elenco, etc. Es una simulación, una representación de una vida ajena, una secuencia sin cortes que sólo termina con el acecho de la muerte que nunca se ve venir, porque el neoliberalismo nos mantiene en la ceguera ilusoria del futuro constante. Raúl Ruiz, cineasta chileno exiliado en Francia, creía que habitábamos la utopía y que era el mundo real el que había que reivindicar:

“El mundo utópico no desemboca en la realización de las aspiraciones humanas sino en su desrealización. Es un mundo que ha vuelto irreal al hombre mismo. Es la era de la fabricación en cadena de reproducciones de mundos perfectos, mundos

imaginables, todos aparentemente distintos pero regidos por la misma ley, «la evidencia narrativa».³

Vivir en el neoliberalismo es habitar un mundo utópico, irreal. No es la idea neoliberal la que determina la narración de nuestras vidas, sino la forma que toma: su apariencia. El neoliberalismo se sustenta de esas imágenes del consumo y la competencia, imágenes seductoras y engeuecedoras, en las que prima la figura más que su significado. Imágenes que generan deseos miméticos, simulacros de imitación de lo que debería ser una vida con todos sus mundos perfectos e imaginarios donde el dolor no existe.

Y aunque este modelo económico y cultural se sustente en las formas, el cuerpo humano real está prohibido y por lo tanto se oculta, como aquel cuerpo acribillado en una guerra, o el cuerpo de un niño mapuche con perdigones, o el cuerpo que se desnuda con fines de protesta y no de placer, porque esos cuerpos son imágenes con ideas, con significados, no son sólo apariciones. Esas son las imágenes que apelan a las memorias y que nos recuerdan el dolor y la empatía, pero que se ocultan porque no sirven a la imagen engeuecedora de la productividad. Ya no nos duelen porque “la sangre ya no es visible; no salpica bastante en el

³ Raúl Ruiz (2014), *Poéticas del cine: Poética del cine 1*, edit. Universidad Diego Portales, Santiago de Chile. Pág. 53.

rostro de nuestros fariseos”.⁴ Nos enteramos de ese dolor a medias, con distancia e idealmente sin verlo.

En la hegemonía, el cuerpo se vuelve un instrumento de representatividades de aquellas fragmentaciones que parecemos ser: yo no soy yo, sino aquello que deseo ser. Pero ese deseo es ilusorio. Nos etiquetamos bajo conceptos que nos definen y buscamos calzar en esa imagen, en vez de que nuestro cuerpo sea la imagen de ese concepto. Pasamos a ser significados y no significantes. Ya no nos quitamos la máscara para mostrar nuestra verdadera naturaleza, sino que nos ponemos una para representar aquello que creemos ser.

Por otro lado, los cuerpos visibles son lo que Hito Steyerl llama “imágenes-spam”:

“[La imagen-spam] no tiene nada que ver con la humanidad misma. Por el contrario, es un retrato cabal de lo que la humanidad no es. Es su imagen en negativo”.⁵

Aquellas imágenes-spam son los desechos del algoritmo de sonrisas perfectas, cuerpos delgados y rostros simétricos. Steyerl dice que nuestra existencia como imagen del capital es una imagen-spam. Nos disfrazamos de «belleza», pero nuestra imagen es un desecho del algoritmo porque

⁴ Albert Camus (2008), *El hombre rebelde*, edit. Losada, Buenos Aires. Pág. 363.

⁵ Hito Steyerl (2014), *Los condenados de la pantalla*, edit Caja Negra, Buenos Aires. Pág. 170.

nunca calzaremos en ella, como un aviso de oferta de una tienda de retail que llega a nuestro correo electrónico pero que se va directo a la carpeta de spam. Eso es nuestra existencia en el neoliberalismo, una imagen representativa y desechada sin ser vista, pero que ya ha cumplido su función desvanecedora tanto de cuerpo como de espíritu. El poder es la masacre de los espíritus, el neoliberalismo produce cuerpos y espíritus mutilados.

Ya no es la política la que crea imágenes, sino viceversa. “Es la imagen, en efecto, la que determina la narración, y no a la inversa”.⁶ La realidad neoliberal es una simulación, una utopía. Habitamos una imagen utópica, una realidad ficcionada. Nos fragmentamos en pequeños instantes de lo que soñamos ser. Proyectamos en otrxs nuestros deseos como acto individualista y creamos una imagen incompleta, pues es sólo apariencia. No somos capaces de ver que la realidad neoliberal es, por lo tanto, espectral.

⁶ Raúl Ruiz (2014), *Poéticas del cine: Poética del cine 1*. Ob.Cit. Pág. 137.

El viernes 18 de Octubre del 2019, las estudiantes escolares dieron comienzo a un día histórico en la región chilena. Hastiadas de un sistema injusto y tras varios años de persecución política y de militarización de las escuelas, saltaron los torniquetes del Metro (el tren subterráneo) como un acto subversivo contra el alza del pasaje. Encapuchadas, se tomaron la Alameda, arteria principal de la ciudad, y lucharon contra la policía desatada. Ya caída la noche, todos los barrios obreros se manifestaban entre fuego, tambores y gritos.

En las periferias de la ciudad capital, las estaciones del Metro ardieron en llamas. En Elisa Correa, comuna de Puente Alto, sector marginal sur, el fuego consumía la estación de transporte al ritmo de bombos, bailes, cantos y gritos contra el gobierno del presidente Piñera y su mano derecha, Carabineros de Chile, la institución policial. Ardía lo ignífugo, la estructura fuerte del desarrollismo y el capital que nos permite a lxs periféricxs poder viajar hacia los centros de producción, donde renunciamos a nuestros sueños para cumplir los de otrxs. Aquella noche comenzó la revuelta popular que hizo arder nuestros espíritus.

Los días que vinieron la revuelta se mantuvo viva. Semanas más tarde, en medio de una manifestación en Plaza Dignidad, en el centro de Santiago, junto a un grupo de desconocidxs, armamos una barricada con fuego. De pronto, las llamas se alzaron más alto y los gritos a nuestro

alrededor provocaron una reacción tan inmediata como misteriosa: una veintena de personas saltábamos y gritábamos corriendo en círculos alrededor del fuego, como una tribu que invocaba a sus dioses para que se manifestaran. Ese acto, improvisado y animalesco, se volvió una imagen recurrente en mi imaginario porque escapaba al orden de los comportamientos, como si un recuerdo instintivo nos hubiera invadido para mover nuestros cuerpos. A aquellas imágenes Raúl Ruiz las llamó «imágenes chamánicas»: “[...] esas secuencias nos hacen creer que recordamos acontecimientos que nunca experimentamos”.⁷ Mi recuerdo del fuego y los cuerpos concentrados a su alrededor, tiene algo de chamánico. En las tribus, chamán, machi, bruja, sacerdote o como se le quiera llamar, es aquella persona capaz de ver más allá de la apariencia. Su rol es comprender e interpretar, a través de relatos, las imágenes de lo desconocido y que escapan a la realidad, como los sueños.

Las imágenes son evocadoras e invocadoras, son reconocimientos y proyecciones. Lo que vemos evoca, tanto acontecimientos pasados, como acontecimientos posibles, e invoca imágenes nuevas que escapan de las experiencias de la realidad, como ese juego visual de la imaginación en que, hallándonos en la penumbra, vemos por ejemplo un montón de ropa tirada en el suelo y que por falta de luz nos lleva a imaginar un monstruo que nos acecha para atacarnos si no nos quedamos quietxs. Aquella primera imagen se vuelve otra nueva, a la que además le otorgamos un

⁷ Id. Pág. 98.

contexto ficticio, “Porque lo que nos sucede, sólo nos sucede a medias”.⁸ Son relatos imaginarios que nacen de la penumbra, ficciones que nos inventamos para explicar lo que nos es desconocido y misterioso: mitos. En ese acto inocente reivindicamos el mundo real, no porque sea visible, sino porque esconde otro invisible.

Cuando no vemos penumbras ni le dedicamos tiempo a la imaginación, sino que nos desenvolvemos entre iluminaciones y oscuridades absolutas, nos alejamos de ese misticismo y perdemos la capacidad de vernos en lo invisible, es decir, vivimos demasiado inmersxs en la realidad, aunque ésta sea espectral. Una imagen que es sólo luz o sólo oscuridad es una imagen sin forma, irreconocible y ciega. El capitalismo, a mi juicio, se asemeja a caminar en ceguera, a tientas: el temor es caerse. En la imagen chamánica, la invitación es siempre a dejarse caer, como en la lengua inglesa cuando ocupan el verbo para decir «caer en el sueño» o «caer en el amor». También dejarse caer en la penumbra de las imágenes que soñamos, porque allí resiste la idea detrás de la apariencia. Por esto, la imagen chamánica es resistencia en cuanto no acepta ser una imagen que se impone, sino que se interpreta en cada individuo.

⁸ Id. Pág. 139.

Imaginar

Durante la revuelta y hasta ahora, se han levantado distintas consignas de lucha y esperanza, «Chile despertó» ha sido una de las más populares. Son palabras que resumen el despabilamiento de un estado hipnótico y adormecido de la población. La mayoría de las personas despertamos en la mañana cuando la luz del sol vuelve a iluminarnos sacándonos de la oscuridad de la noche. Despertar es abrir los ojos para ver. Cuando el pueblo despierta y lo manifiesta, no sólo devela el espectro capitalista, sino que además construye su nueva imagen con nuevas formas y proyecciones. Cuando un pueblo decide y actúa por sí mismo, escapa de las representaciones, pues es él mismo quien se encarna para hacer realidad su idea.

“«Pueblo» puede designar una vez más [...] al sujeto de un proceso político. Pero siempre lo hace bajo la forma de una minoría que declara, no que representa, al pueblo; es el pueblo en tanto que este destruye su propia inercia y se convierte en cuerpo de la novedad política”.⁹

Miles de personas reunidas en Plaza Dignidad, es decir, una multitud emplazada que decide tomarse un territorio

⁹ Alain Badiu (2014), *¿Qué es un pueblo?*, edit. Eterna Cadencia, Buenos Aires. Pág. 15.

para exigir una vida más justa, es una manifestación de la idea, es la imagen tomando la forma de su apariencia. Cuando ese emplazamiento autoconvocado se repite, entonces podemos llamarlo representación chamánica, pues es un acto ritual al volver hábito aquella acción de hacer evidente lo invisible, es decir, de encarnar el mito.

En el rito, el tiempo se desmorona porque se hace presente la memoria, aquella imagen que evoca e invoca. Es una conexión atemporal con todxs quienes ya realizaron ese ritual alguna vez antes, y los actos que se resisten a la linealidad del tiempo son actos de rebeldía ante el poder, que establece la línea de progreso de aquella ficción que nos han hecho entender por vida. Tomarse el tiempo es igual que emplazarse, pues en el tiempo yace el ocio, la creación, el aprendizaje y la relación comunitaria. Pero para ello hace falta evadir la productividad y sus lógicas de funcionamiento, incluyendo sus estructuras de representación. ¿Es necesario destruir la forma capitalista para poder construir una nueva? Diría que sí, pues, de otra manera, sólo sería una adaptación de la norma: una re-forma. Para construir esa nueva imagen hay que tomarse el tiempo y el espacio, hay que mirar a las penumbras e imaginar nuevos mundos posibles, nuevos mitos, nuevas formas, nuevas proyecciones: las nuevas películas de nuestra vida.

Para vivir la libertad siempre es preciso soñar.



Semblanza de la Autora

Ignacia Guzmán Olivares (30 años, Santiago), es Licenciada en Realización Cinematográfica, con una amplia trayectoria en educación popular, docencia universitaria y fotografía fija. Su vida como educadora y docente ha estado marcada por una apasionante búsqueda de la libertad y los valores humanos que se tejen y nacen en la vida popular, la cual se caracteriza por desarrollar una dimensión de la enseñanza y la formación humana basada en la no concentración del conocimiento ni en la circulación mercantil de los saberes. La autora, a través de la enseñanza del cine y sus elementos estéticos, teóricos y técnicos, ha desarrollado estos principios libertarios y comunitarios ofreciendo una perspectiva de la realidad cultural latinoamericana que versan sobre las reflexiones decoloniales y feministas del quehacer cinematográfico. También, ha podido participar en agrupaciones libertarias y autogestionadas, lo que le ha permitido vivenciar y conocer, a la vez, sus propias raíces como habitante de un espacio marginal, precario y subversivo. Además, por último, ha participado en múltiples proyectos cinematográficos con una amplia connotación nacional e internacional.

El presente texto es una mirada reflexiva y poética sobre las marginalidades de las imágenes, y cómo éstas se ven mermadas y afectadas por el imaginario espectral neoliberal. Un texto donde se retratan las singularidades y acontecimientos de las fricciones que nuestras propias imágenes interponen en la resistencia de un imaginario impuesto por los modos de dominación económico-políticos; la autora narra, maravillosamente, la potencia política de las imágenes, las nociones ancestrales de los espectros y nuestra capacidad de subvertir o librar una batalla por la imaginación, lugar, quizás, donde se desatarán las batallas del futuro de la humanidad.

Índice

Fantasmas del neoliberalismo	1
Sueños	1
Fantasmas.....	4
Tribu.....	10
Imaginar	13
Semblanza de la Autora	17